



Bailarinas  
con taxímetro

Joan Crawford



25 TS

MILLARDE, HARRY

## La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos  
de películas de

Núm. 25  
12 :: y FIRST NATIONAL :: Cénts.

Ediciones BISTAGNE - Via Layetana, 12. - Barcelona

## Bailarinas con taxímetro

(THE TAXI DANCER, 1927)

Sugestiva producción, interpretada por

JOAN CRAWFORD  
y OWEN MOORE



Producción METRO-GOLDWYN-MAYER

DISTRIBUIDA POR

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona

# Bailarinas con taxímetro

## *Argumento de la película*

Una reliquia de tiempos mejores, una casa vieja, era la mansión de los Poes, en el Estado de Virginia.

Josefina Poe había heredado de su padre esta vieja casa, y de su madre, un deseo vehemente de gozar de la vida, del amor y de toda clase de emociones.

La muchacha estaba decidida a marchar a Nueva York para debutar en algún teatro como bailarina.

Cierta mañana contemplaba en una revista teatral el retrato de un bailarín, cuya fama aumentaba de día en día.

*Jaime Kelvin, el Rey de la Danza. El favorito de Broadway durante la última creación.*

—Llegar a tener tanto éxito como él, ¡qué dicha!

Y comenzó a bailar como si se encontrara ya en plena gloria.

Una criada negra que la vió, se dijo, riendo:

—Esta chiquilla siempre está bailando. ¡Y bien sabe Dios que esto no puede acabar bien!

Y dirigiéndose a Josefina, la aconsejó:

—La señorita tiene el mismo carácter que su madre y si se va a Nueva York no la espera nada bueno...

—¿Y qué sabes tú?

Pero repentinamente entristecida la muchacha corrió al encuentro de su tía, que vivía con ella y le dijo:

—Tía, ¿crees tú que yo puedo llegar a ser tan buena bailarina como fué mi madre?

—Tal vez sí, niña mía, pero yo no te aconsejo que vayas a Nueva York. Son tan amargos los comienzos...

Mas a pesar de aquellas bondadosas advertencias, Josefina quiso probar fortuna, y un día partió hacia la immense ciudad de Nueva York.

Alquiló una habitación, cerca de Broadway, junto a aquel barrio donde se encuentran por millares los viejos con dinero y los jóvenes arruinados.

Rendida por el viaje, la primera mañana despertó desvelada por unos cantos que partían de la estancia contigua.

Vivía en el cuarto de al lado, un joven llamado Luis Rozo, alias "Manos Rápidas", jugador de profesión y repetidor incansable de todas las canciones de moda.

*Me robaste el corazón  
y fuiste mi perdición...*

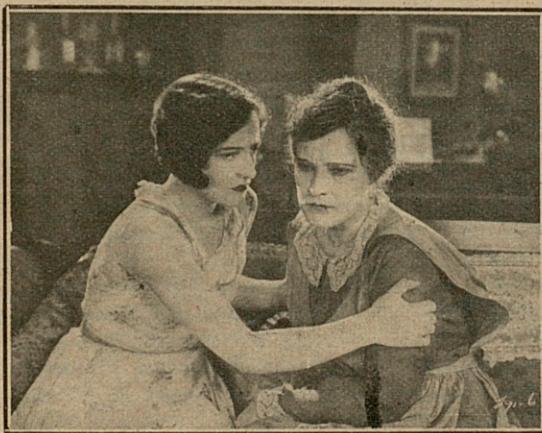
La voz de Luis era desagradable, antipática, y Josefina se levantó maldiciendo a aquel humano despertador.

Y Luis siguió cantando:

*Por ti todo lo perdí  
y hoy ni te acuerdas de mí...*

Josefina tiró un zapato contra la pared para que callase el vecino, pero Luis siguió repitiendo imperceptible...

*Me robaste el corazón  
y fuiste mi perdición...*



*¿Tú crees que yo puedo llegar a ser tan buena bailarina como fué mi madre?*

— Era imposible dormir! Josefina se resignó y se dispuso a ir al baño.

Había únicamente un baño para todos los huéspedes, y estaba ocupado desde primera hora.

Viendo que había para rato, Josefina regresó a su cuarto, esperando que le llegase el turno. Una hora después, Luis, más listo que ella, logró colarse en el baño antes que Josefina, y ésta tuvo que aguardar rabiosa, a que el joven terminase.

*Por ti todo lo perdí  
y hoy ni te acuerdas de mí.*

Luis salió riendo envuelto en su albornoz, contempló alegremente a Josefina, y repuso que era la vecinita nueva.

— Ah, simpática criatura! ¿Conque era ésta la enemiga de sus canciones?

Josefina penetró en el baño y poco después Luis llamaba a la puerta.

— ¿Quién es? — dijo la muchacha, furiosa.

— Perdone usted, señorita, dejé olvidado mi pijama.

Ella abrió la puerta y reconoció a Luis.

Le entregó el pijama y, además, una peluca negra que vió sobre una silla y que una señora había olvidado antes.

— Supongo que todo es de usted — le dijo.

— Fíjese que la peluca... es de señora! — dijo Luis.

Ella le tiró el pijama y volvió a cerrar la puerta para meterse en el baño y gozar de su fría voluptuosidad.

Aquella tarde Josefina tenía que presentarse a una agencia de colocaciones.

Más tarde, Luis y Josefina hablaron... El joven pidió perdón por si la molestaba su canto.

— ¿No le ha gustado mi canción? — dijo Luis.

— Su canción es muy bella, pero su voz muy desagradable — respondió ella.

Luis se mordió los labios y ya no quiso preguntar más.

Por la tarde, Josefina se dirigió a la agencia artística para buscar contrata.

La última novedad de Broadway eran las rodillas pintadas. El color tapaba muchas cosas...

Todas las muchachas que aguardaban turno para contratarse, llevaban en las piernas magníficas pinturas representando toda suerte de paisajes y figuras.

Sólo Josefina con sus piernas enfundadas en medias, era allí una nota discordante.

El fracaso de la jovencita provinciana fué definitivo... Los agentes teatrales rechazaban inmediatamente a las mujeres venidas de lejos sin otra experiencia que su bagaje de ensueños... Ellos querían muchachas bregadas en el baile, que pudieran presentar anteriores contratos de teatros y music-halls.

Josefina tuvo que volver a la pensión con lágrimas en los ojos. ¿No logaría triunfar?

Mientras tanto, Luis Rozo, alias "Manos Rápidas", había pasado la tarde en el Club de la Carta Blanca, su centro de operaciones.

El viejo "doctor" Gamba, socio de "Manos Rápidas" tenía una peligrosa apariencia de hombre de bien.

Y entre los dos casi siempre desplumaban a los pobres incautos que se atrevían a jugar alguna partida con ellos. Usaban de trampas, de procedimientos ilícitos para triunfar...

Cierto pueblerino fué la víctima de aquel día. El pobre hombre, deseoso de jugar una partidita, consintió de buena gana en medir sus cartas con ellos. Y, naturalmente, perdió su dinero, y, además, el alfiler de corbata y el reloj.

Por la noche, Luis y su amigo el "doctor" se dirigieron a la pensión y repartieron los beneficios.

El "doctor" no estaba muy conforme con quedarse el alfiler de oro, mas Luis le dijo:

—“A caballo regalado”...

Pero se interrumpió al escuchar lamentos en el cuarto vecino.

—¿Oiste a alguien llorar ahí dentro?

—¡No!...

Otra vez volvió a resonar como un amargo llanto. A Luis no le cupo duda de que allí se lloraba... y como sabía quien vivía en aquel cuarto, quiso enterarse de lo ocurrido.

Llamó a la puerta, preguntando:

—¿Se puede?

Un sí débil como un suspiro le respondió y Luis entró en la habitación. Vió a Josefina sentada sobre la cama, enjugándose las últimas lágrimas y procurando sonreir torpemente.

—¿Qué desea? — dijo al ver a Luis, el propietario de las canciones irritantes.

—¡Perdone usted! Me pareció oírla llorar...

—Usted debió confundirme con la música de la radio del cuarto vecino... — respondió, desdenosa.

—La radio no llora, más bien parece que ladre...

Quedaron los dos silenciosos y de pronto ella estalló en un lamento.

—¡Vamos, vamos! — dijo Luis, intentando consolarla. — ¡Cuénteme usted lo que le pasa!... Soy su vecino y deseo aliviar, si es posible, su dolor...

—Yo sólo tengo la culpa de lo que sucede — dijo la muchacha...

Y, atropelladamente, con el deseo de las almas tristes de contar al primer ser humano su pena, explicó su tragedia vulgar.

Luis la escuchaba entristecido contemplando con emoción a la bella criatura. ¡Y cuidado que era bonita!

—¿De modo que vino usted a Nueva York soñando ser una gran actriz?

—No, deseo ser bailarina, pero nadie me ha querido ayudar.

—El público de Broadway tarda en fijar su atención en alguien, pero cuando lo hace no quiere ver otra cosa.

—Comprendo que he hecho una locura... que tendré que regresar a mi Virginia.

—No se desanime usted. ¿Por qué apenarse cuando se tiene la vida por delante?

Luis la propuso ayudarla en lo posible.

—Salir con un hombre como yo — le dijo — no la favorecerá a usted mucho, socialmente, pero haré todo lo posible para ayudarla. ¿Quiere que salgamos esta noche?

—Gracias, pero no creo que mi compañía divierta a nadie.

—Usted necesita distraerse. Iremos al cine. Mi amigo, el viejo Matusalem, le servirá a usted de custodia.

Josefina, que había olvidado su rencor contra aquel hombre, al adivinar en él un espíritu atento y cordial, accedió a salir. Y sonrió...

—Y ahora conserve esa sonrisa mientras voy por mi sombrero — agregó Luis.

Salió, y dijo a su amigo Gamba, que iban a marchar.

—Ella cree que es al cine, pero donde vamos es al restaurant. Apostaría a que tiene hambre.

Y marcharon los tres; Josefina, aturdida, pero contenta de encontrar un hombre que en la faz fría y hostil de la gran ciudad sonriera y se interesase por ella...

Fueron al restaurant y luego al cine...

Y al volver, Luis prometió que a la mañana siguiente le buscaría un empleo de bailarina.



Para una joven que tiene que vivir y quiere hacerlo regularmente, la vida es un camino lleno de abrojos. Pero cuando una mujer lo quiere, puede conservar su dignidad aún en los oficios más peligrosos.

Luis había logrado encontrar una colocación para Josefina. Ella bailaba en un gran salón de baile, frecuentado por marineros, dependientes y obreros.

Más de cincuenta muchachas vestidas todas con traje negro estaban agrupadas en el centro del salón y ante ellas había un gran cartel con estas palabras:

*—Bailarinas por horas. Escoja la que prefiera. 50 céntimos por baile.”*

Llevaban todas un pequeño taxímetro sobre el pecho que marcaba el comienzo del baile y su terminación...

A tal extremo había tenido que descender Josefina. Era lo único que encontró Luis para ella. Le rogó que no lo aceptase, que no era digno de ella, pero la muchacha, sin otro apoyo de vida que aquel, y no queriendo regresar derrotada al pueblo, se resignó a aquel oficio vulgar.

Y así, la orgullosa y soñadora Josefina Poe, vino a convertirse en una bailarina con taxímetro.

Danzaba constantemente...

Cierta noche lo hizo primero con un marinero,

luego con un dependiente de tienda que olía a cebolla, después con un hombre rudo, de aspecto brutal.

Una de las bailarinas más antigua en el establecimiento era Rosa Rico, que conocía a fondo la manera de bailar de los marinos de todas las escuadras.

—He bailado con tantos marineros sobre este suelo — decía a menudo —, que me parece estar en la cubierta de un trasatlántico.

El rudo individuo que bailaba ahora con Josefina, tropezó con el dependiente que olía a cebolla y dijo furioso:

—Le voy a dar a ese individuo un puñetazo que va a volar por los aires durante algunas semanas.

Algunos clientes se atrevían a veces a besar a las muchachas del baile, pero todos respetaban a Josefina. Y es que había una razón poderosa para que nadie se excediera con ella.

Luis se encontraba todas las noches en el local, vigilando siempre. Y pronto a intervenir ante el menor abuso.

Aquella noche, al terminar la primera parte del baile y al sortear un magnífico ramo, el dependiente de la tienda y el individuo de expresión brutal ofrecieron a la vez números del sorteo a Josefina.

Los dos hombres se miraron dispuestos a pegarse. Cada uno pensaba en el derecho exclusivo de obsesionar a Josefina.

—Oiga usted, joven — rugió el valiente —, ¿es que quiere probar mis puños? Le voy a romper la cara y no podrá usted arreglársela nunca más...

El dependiente se echó a reír, y respondió, provocativo:

— A usted le conviene ir haciendo algunos ahorros para comprarse una máquina de afeitar.

El rudo sujeto apartó de un violento puñetazo a

su rival, y llevado de su valentía, quiso besar a la muchacha.

Luis había aparecido en aquel instante, y severo y digno, se encaró con el enfurecido tenorio y le deshizo la corbata.

—¡Deje usted a esta señorita, sin vergüenza!... ¡Márchese de aquí si no quiere que avise a un guardia!...

Y era tan furiosa y energética su expresión que el valiente se amilanó ante aquel joven y, temiendo recibir de firme, decidió marcharse.

Josefina y Luis fueron a sentarse a una de las mesas.

—Josefina, este medio no es para usted. ¡Yo quisiera sacarla de ahí!... ¡Usted merece mucho más!...

Y la contemplaba con arrobo, sintiendo por ella la inquietud que produce el amor...

—No estaré aquí por mucho tiempo, Luis. Tengo la seguridad de que triunfaré.

—Es verdad. Usted tiene facultades para ello... Pero yo haré cuanto sea necesario por usted, mientras siga en este establecimiento...

—Luis, usted se ha portado conmigo como un buen amigo, ¡Como el mejor amigo que he tenido jamás!...

Y le sonrió, recordando el consuelo que siempre le había procurado el mozo.

Luis pareció entristecerse ante estas palabras. ¡Ah, qué loco era! ¡Osar poner los ojos en una mujer que estaba muy por encima de él, hombre vicioso, entregado al juego poco limpio!

—Algún día encontrará usted un hombre digno de ser su amigo y compañero... para siempre! — le respondió, emocionado.

Una muchacha rubia, llamada Ketty Morlan, que,

sin ser bailarina de taxímetro, frecuentaba el salón de baile, había intimado bastante con Josefina.

Ketty, que tenía más salida que la mezquita de las cien puertas, entró en el salón y se dirigió a la mesa que ocupaban Josefina y Luis.



*—¡Yo quisiera sacarla de ahí! ¡Usted merece más!*

Un joven pequeño, contrahecho, le privó el pase para pedirle un baile.

Ella se echó a reír, provocativa.

—Mire usted — le dijo —, si yo llego a nacer con una cara como la suya, a estas horas estaría pleiteando con mi padre, por reclamación de daños y perjuicios.

Y, lanzando una carcajada ofensiva, se dirigió a la mesa de su amiga.

—Vente esta noche conmigo — le dijo a Josefina —. Yo pediré permiso para ti al patrón.

—Pero... ¿dónde iremos?

—Ya verás, a un restaurant lujosísimo que en nada se parece a esta miseria.

Josefina preguntó con los ojos a Luis lo que debía hacer, y éste le contestó:

—Creo que debes aceptar la invitación, Josefina...

Sí, Luis se sacrificaría, comprendía que no tenía derecho alguno sobre aquella mujer, y consideraba preciso que saliera de aquel ambiente.

Ketty y Josefina se alejaron. Concedido el permiso por el dueño, salieron del establecimiento.

—Te presentaré a un caballero millonario y soltero que será para ti un amigo generoso y desinteresado — le dijo Betty.

Llegaron al restaurant. Ambiente de distinción, de riqueza. Josefina se sintió deslumbrada...

Betty le presentó al caballero aludido, que era Enrique Bretón, un rico bolsista que había podido comprar cuanto apeteciera... excepto la felicidad.

Se acomodaron a una mesa. Otro caballero vino a servir de compañía a Betty, mientras Bretón, junto a Josefina, la sonreía y hablaba con delicadeza exquisita.

Una pareja bailó en el centro del salón... Josefina clavó los ojos en aquel bailarín, reconociéndole, admirada por haber visto en los diarios muchas veces su fotografía: era Jaime Kelvin, el artista de moda...

Alma ingenua y deslumbrada por el éxito, Josefina le fué siguiendo con los ojos con una adoración muda.

Cuando terminó el baile, Kelvin, entre aplausos,

se sentó a una de las mesas, acompañado de un amigo, y Josefina comentó con sus compañeros:

—Este es el gran Kelvin, a quien tanto he admirado sin conocerle.

Bretón sonrió y dijo:

—¿Le gustaría bailar con él?

—¿Cómo va a querer él bailar conmigo? — respondió la muchacha como si le propusieran algo extraordinario.

—Yo puedo hacer posibles muchas cosas para usted — contestó Bretón en el deseo de complacer a su nueva amiga...

El bolsista llamó a un camarero, y le dijo algo en voz baja. Este se dirigió a la mesa de Kelvin y le indicó:

—El señor Bretón le ruega ir a su mesa...

Kelvin se levantó. Conocía a Bretón y se dirigió a saludarlo. El bolsista le presentó a los demás comensales rogándole que se sentara a la mesa.

Complacido, Kelvin besó las manos a las damas y sonrió, al contemplar las pupilas amables, fijas en él, como en éxtasis, de Josefina.

Tomó asiento al lado de Josefina y escuchó que Ketty decía:

—Cuidado, señor Bretón, cuando dos buenos bailarines se encuentran, es difícil separarlos...

Bretón sonrió, y Josefina bajó los ojos, avergonzada...

—¿Quiere decir eso que usted es una bailarina profesional? — preguntó.

—No — dijo Josefina —, pero esa ha sido siempre mi mayor ambición.

—Eso no puede ser muy difícil para una mujer de su belleza y atractivos — siguió diciendo Kelvin. — ¿Quiere usted que probemos?

—¡Oh, no me atrevo!

—Yo la guiaré...

Salieron los dos y comenzaron a bailar entre las otras parejas que llenaban el óvalo central.

Dieron los primeros pasos y Kelvin le dijo con entusiasmo:



*...cuando dos buenos bailarines se encuentran, es difícil separarlos.*

—Es usted danzarina por naturaleza. Abandóñese más y déjese conducir por mí...

Bailaban admirablemente. Josefina se sentía feliz junto a aquel hombre, favorecido por la gloria.

Después, cuando terminó el tango, bailaron solos, otra danza Josefina y él.

—Usted tiene estilo y gracia — dijo Kelvin —. Es usted admirable...

Cuando terminaron, estalló una ovación... y los dos volvieron a la mesa.

Bretón sonreía, satisfecho de que en los ojos de Josefina brillara la felicidad...

No pensaba que la muchacha pudiera sentir por Kelvin más que una admiración artística.

A media noche marcharon todos del restaurant. Kelvin, dijo a Josefina que no sería la última vez que la viese...

—¡No la olvidaré! — murmuró.

Ella sonrió, y sus manos temblaron al juntarse con la del admirable bailarín.

Ketty invitó a Josefina a visitar su nueva casa.

—Puedes quedarte esta noche en ella...

Josefina accedió... Y las dos jóvenes, después de despedirse de sus amigos, subieron al bello pisito de Ketty.

Aquella noche le había parecido a Josefina que toda la luz de Broadway inundaba su alma y que la imagen de Kelvin quedaba grabada en su corazón.

Después de haber admirado la casa, ya en su alacaba, Josefina dijo a su amiga:

—Ketty, todavía siento la sensación de los brazos de Kelvin, oprimiendo mi talle.

—Si tú tuvieras mis pies no la hubieras sentido— respondió su amiga que se hallaba muy fatigada.

—Me dijo que tenía estilo y gracia — agregó, con voz ingenua, Josefina.

—Pues no te dejes seducir por la gracia y el estilo de él — respondió Ketty, que conocía a Kelvin y sabía que era un profesional del baile... y del amor.

—El le transmite a la pareja parte de su propia personalidad...

—¿Sabes qué te digo? Que te andes con cuidado,

no vaya a ser esa gracia de él la desgracia tuya...

Llamaron al teléfono y Josefina acudió al aparato.

Era Bretón, el bolsista:

—Me he permitido llamarla — dijo su voz — para desearte buenas noches.

—Gracias... muchas gracias... e igualmente...

Dejó el aparato. Poco le interesaba el bolsista, pero en cambio, no se quitaba de su corazón al bailarín.

Ketty la advirtió cariñosamente:

—Te conviene la amistad de Bretón, amiga mía; pero sólo su amistad. Tiene mucha influencia. Ahora, en cuanto al corazón, yo no daría un Luis Razo por una docena de Kelvins ni de Bretons.

Contrariada, Josefina le respondió:

—Bueno, Ketty, ¿no me invitaste a dormir en tu nueva casa? Pues a ello he venido...

Y se abrigó en la cama, cerrando los ojos y sin querer escuchar las palabras de su compañera.

Mientras tanto, en la pensión, Luis cantaba alegramente:

*Me robaste el corazón  
y fuiste mi perdición...*

Su amigo, el "doctor" Gamba, entró en el cuarto:

—Chico, acabo de encontrar un provinciano que quiere jugarse su dinero. Entre tú y yo le dejaremos sin blanca.

El respondió, contrariado:

—Estoy cansado de hacer el tonto, Gamba. Quiero llevar una vida nueva, completamente honrada...

—¡Vaya! Adivino que hay por medio una mujer. ¿Josefina?...

—Por lo que se refiere a Josefina, he jugado tor-

tement por primera vez en mi vida — dijo Luis—. Ella merece un hombre mejor que yo...

—Luis, ella ha encontrado más honradez en ti que en muchos que saben el catecismo de memoria... Sé digno, pues, de ella. Desde hoy no te asociaré en mis negocios...

Y se despidió de él mientras Luis pensaba si sería posible que una mujer como Josefina pudiera querer a un hombre de vida tan irregular como la de él...

\*\*

Unos días después, Ketty, decidida a presentar a Josefina en "sociedad", la llevó a casa de Esteban Bates, otro millonario espléndido y alegre. Las acompañaba también el bailarín Kelvin.

Era Esteban Bates, empresario de espectáculos, propietario de cabarets y protector de bellezas desamparadas.

La reunión era muy alegre... demasiado alegre. Corría el vino en abundancia y el "charleston" daba ritmos epilépticos a los bailarines.

Bretón, el bolsista, se encontraba también en la fiesta y corrió a saludar a Josefina. Pero ésta se separó de él al ver que Kelvin la llamaba para bailar.

Bailaron los dos, y Josefina sintióse emocionada al escuchar las palabras turbadoras de su pareja.

Después del baile en que vieron que sus pies estaban de perfecto acuerdo, se dirigieron a una estancia cercana, pero solitaria.

Bates, el empresario que había saludado al entrar a su nueva invitada, se sintió enamorado de ella. ¡Era deliciosa y encantadora aquella mujer en cuyos ojos había una llama de pureza, de inocencia, que

no encontraba en las otras mujeres de la reunión, artistas de vida más o menos azarosa por los escenarios del mundo!

Los espió, celoso. ¡Ah, aquel antipático Kelvin, afortunado con todas las mujeres! Oyó, temblando de ira, el diálogo:

—¡Encantadora Josefina, estoy loco por usted!— decía el bailarín.

Ella no respondió, aturdida.

—Josefina, usted es muy linda y nació para el amor — siguió diciendo el joven, intentando acariciarla.

—¡Oh! ¿Cómo podría decirle si realmente le amo? — respondió ella, atormentada—. Todo esto es tan nuevo para mí... esta vida, el amor, usted...

Y como él pretendiese besarla, ella esquivó sus brazos y huyó...

Una sonrisa maligna se apoderó de Kelvin. ¡Aquella chiquilla inocente, pueblerina, vendría a engrosar el número de sus conquistas!

Esteban Bates abandonó su escondite, dirigiéndose al salón principal, deseando hablar con Josefina.

Kelvin se dió cuenta de que Josefina había olvidado su bolso y, metiéndoselo en el bolsillo, se dirigió a entregárselo.

La buscó inútilmente por el salón. ¿Dónde podría estar?

La muchacha hallábase hablando con Bates en una salita contigua. El empresario le había rogado que hablasen a solas y le decía:

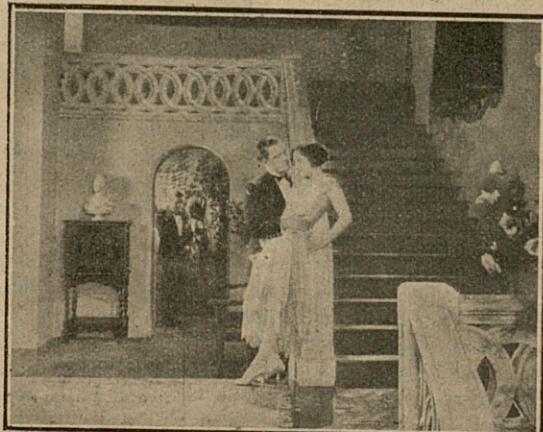
—Josefina, es usted encantadora. Yo la ayudaré a usted a triunfar en escena, pero sonríame... No quiero que le dé esperanzas a Kelvin.

Y, furioso de celos, la estrechó en sus brazos y

quiso besarla a la fuerza, mientras la muchacha demandaba auxilio.

Se presentó Kelvin, y Josefina se desprendió, llorando, de los brazos de Bates.

—¡Magnífico! — dijo —. Pero mientras yo esté aquí no se saldrá usted con la suya, Bates. ¡Entre en la biblioteca!



—¡Encantadora Josefina, estoy loco por usted!

—Donde usted quiera..., miserable — rugió Bates al contemplar a su odioso rival.

Josefina se alejó horrorizada, pensando que dos hombres iban a pegarse por ella.

Bates y Kelvin penetraron en el salón-biblioteca. El empresario cerró la puerta con llave.

Bates le contemplaba con indignación, dispuesto a descargar todo su odio contra el bailarín.

Una alegre sonrisa se dibujó en los labios de Kelvin.

—Supongo que usted no lo ha tomado en serio, ¿eh? — dijo —. Pero, ¿qué otra cosa podía yo decir delante de una mujer?

—¿Qué quiere usted decir?

—Qué Josefina cree que yo me voy a pegar con usted por ella... y, en verdad, mejor es que seamos amigos — le respondió.

—¿Conque usted quiere hacer comedias a mi costa? ¡Miserable, cobarde! — rugió Bates.

—Arreglemos esto, amistosamente — siguió diciendo Kelvin —. Ella es muy poco para mí y para usted. Josefina... me gusta, ¿comprende usted?... por una temporada..., pero nada definitivo. Luego, puedo cedersele.

Bates le contempló con indignación.

—¡Cobarde! — rugió —. Yo no estoy aquí para discutir, sino para pelear.

Y el empresario se lanzó sobre él, descargándole un puñetazo, que le derribó en tierra.

Comenzó una lucha furiosa entre los dos adversarios. Caían mesas y sillas ante ellos...

Los dos hombres parecían dispuestos a matarse...

El criterio llegó al salón donde se encontraban los invitados y todos se dirigieron a la biblioteca para investigar la causa del escándalo... ¡Ah diablo, dos hombres se estarían matando, de seguro!...

Josefina lloraba... ¡Por ella... por ella! ¡Kelvin luchaba por defenderla!

Quisieron forcejear la puerta, pero estaba bien cerrada por dentro.

De pronto, Kelvin cogió una estatuilla y pegó contra la cabeza de su adversario que cayó al suelo,

chocando contra el mármol de la chimenea y quedando sin sentido.

Al ver desvanecido a su rival, Kelvin abrió la puerta y dijo a los invitados que se hallaban agrupados ante ella:

—¡Dadle a oler sales a ese hombre!

Algunos caballeros acudían en auxilio de Bates, intentando hacerle volver en sí.

Josefina y Ketty temblaban...

—Esto parece grave — dijo uno de los invitados —. Bates no recobra el sentido...

Le examinó más detenidamente y exclamó, horrorizado:

—¡Este hombre ha muerto!

Al escuchar aquellas palabras el bailarín Kelvin huyó rápidamente, atormentado por el miedo, pensando en la inmensa responsabilidad que caía sobre él.

Cuando quisieron detenerle ya estaba lejos... ¡Oh, su mala estrella! ¿Por qué le provocó aquel hombre?

Josefina lloraba, horrorizada por las consecuencias que aquel crimen podía tener para su Kelvin.

Llegó un agente de policía procediendo a interrogar a los invitados. Josefina no hacía más que llorar... Y Ketty, temerosa de que la excitación de la joven pudiera tener consecuencias para ella, optó por defenderla.

El policía, al enterarse de que Ketty y Josefina eran amigas del bailarín, las interrogó:

—Los dos hombres me cortejaban, y usted sabe, guardia, cuando dos hombres quieren a una misma mujer... — explicó Ketty.

El policía la contempló con severidad y, viendo a Josefina, preguntó:

—¿Quién es su amiga?

—Ella no sabe nada de esto — dijo Ketty —. Es una chica provinciana que vino aquí por curiosidad...

—¿Está usted diciendo la verdad? — agregó el agente, no muy convencido.

—Oiga, señor, ¿acaso no me cree usted digna de que dos hombres peleen por mí?

Después de tomar otras declaraciones, Ketty y Josefina, acompañados de Bretón, se marcharon.

¡Qué trágica había resultado la fiesta! ¡Con qué amargor la recordarían siempre! Y Josefina pensaba en Kelvin, el hombre que había dado muerte al empresario, y temblaba por su libertad.

Se despidió de sus amigos, entrando sola en la pensión.

Se dejó caer en un sillón, atormentada por la idea de que Kelvin se había convertido en un asesino y en un fugitivo, sólo por defenderla.

Vió sobre una mesa el bolso que había perdido en el baile y se extremó... ¿Cómo se encontraba allí? Escuchó pasos tras de ella y contempló, sorprendida, al bailarín Kelvin.

—No debía haber venido, querida mía — dijo él con voz tranquila —, pero no podía haberme ido sin verte por última vez...

—¡Jaime! ¡Jaime! — suspiró ella, pensando que aquel muchacho se encontraba en aquella situación por haber querido auxiliarla.

¡Ah, si hubiera podido escuchar las palabras que Kelvin pronunciara antes de desafiarse con el empresario! ¡Qué desilusión!

—Sólo hice lo que debí hacer — dijo el muchacho —. Y por ti lo haría otra vez si fuese necesario.

—¡Oh, Jaime, pensar que yo soy la causa!...

Le abrazó y se besaron...

—¡No debes huir — siguió diciendo ella—; yo te esconderé aquí... y te salvaré!

Kelvin, que comprendía que era necesario marchar, antes de caer en poder de los que le perseguían, dijo, queriendo que Josefina uniera su destino al de él:

—Nos iremos los dos, mi amor. ¡Dónde nadie pueda encontrarnos!



—¡Oh, Jaime, pensar que yo soy la causa!...

—¡Sí... sí!...

Llamaron. Los dos, estremecidos, pensaron en la llegada de la policía. ¿Qué hacer?

—¡Escóndete — dijo ella — en aquella habitación; no te muevas!

Kelvin se ocultó y ella abrió un poco la puerta deshaciéndose el vestido, y dejando su cuello desnudo como si se estuviera arreglando...

Vió ante sí el uniforme de un policía.

—El señor comisario de Policía quiere interrogarla — dijo una voz.

—Pero si estoy sin vestirme! — respondió Josefina.

—¡Póngase cualquier cosa, pero no tarde!

Josefina se puso un abrigo y después de dar una última mirada a la habitación donde quedaba escondido su amor partió con el agente.

En la delegación tuvo que sufrir las torturas de un largo interrogatorio. Le preguntaron todo lo ocurrido, por qué motivo habían reñido los dos hombres, qué clase de relación le unía a ellos...

Y ella lloraba, acobardada, sin saber defendérse...

El comisario, hombre severísimo, parecía dispuesto a encarcelarla, sospechando tal vez su complicidad...

La tuvieron encerrada más de una hora en un cuarto hasta que de pronto la dijeron amablemente que quedaba libre.

Salió acompañada por un agente y preguntó, sorprendida por el fino trato que ahora la daban.

—¿A quién debo el verme libre?

El agente le señaló un automóvil parado ante la delegación y ella corrió a él. Vió en su interior al bolsista Bretón.

—¿Por qué hace usted esto por mí, señor Bretón? — dijo la muchacha.

—Porque siento un verdadero placer en servirla... — respondió el bolsista, sonriendo.

El la invitó a subir al coche y acompañarla a su casa. Acomodóse Josefina junto a él, deseando llegar cuanto antes para huir con el bailarín hacia un lugar libre de todo peligro.

—Usted ha sentido mucho lo que le sucede a Kelvin, ¿no? — dijo Bretón.

—¡Sí, señor! — respondió ella, sin poder evitar el cariño que sentía hacia el bailarín.

Llegaron a la casa. Bretón la dijo:

—La acompañaré a su habitación.

—¡Muchas gracias, no se moleste usted! — respondió ella, atemorizada.

—Como usted quiera, entonces...

Y la besó la mano y la dejó a la puerta de la pensión.

—¡Oh, Kelvin, qué día tan agitado! — dijo.— ¡Por fin me vi libre!

Explicó lo ocurrido en la delegación...

—¡Eres una mujercita muy valiente!...

Los dos tomaron un café haciendo proyectos para huir juntos a la mañana siguiente.

Ella, con manos maternales, le improvisó una cama en un cuartito-ropero para que pasase allí la noche.

—Y ahora, querido, buenas noches — le dijo.

Iba a dejarle para volver a su cuarto, cuando Kelvin, acometido de deseo, pensando en que aquella mujer estaba sola y tal vez no la viese más, le dijo con la desesperación del hombre que está fuera de la ley:

—¡Los dos nos amamos, Josefina, y quizás no nos volvamos a ver jamás!

—No digas eso. ¡Mañana huiremos juntos!

La besó esta vez rabiosamente en los labios.

Josefina vió brillar en los ojos de él una llama indigna, criminal, no el amor puro que hasta entonces ella había conocido, sino toda la infamia y la maldad del pecado.

—¡No... no... aparta!

—Piensa en el sacrificio que hice por ti — siguió diciendo Kelvin—. ¡No es una gran prueba de mi amor? ¡No me niegues tu cariño, Josefina! Yo he matado por defenderte... No seas ahora cruel con el hombre que te adora...

Pero ella, para quien la honra era antes que la gratitud, le rechazó, furiosa, enloquecida.

—¡Nunca... nunca!

Kelvin se dejó caer desalentado en un sillón.

Josefina se puso el sombrero y nerviosa, febril, dijo:

—¡Me voy a la calle! Necesito un poco de aire para no asfixiarme... necesito reflexionar sobre todo esto...

Abrió la puerta y en aquel instante ésta se vió empujada por una mano vigorosa.

Un hombre apareció en el umbral. Era el bolsista Bretón.

Este había sospechado si la joven escondería el bailarín, e iba a comprobarlo.

Al verlo ante él, sonrió fríamente, alegramente...

Josefina dió un grito de horror y contempló a los dos hombres, corriendo a cerrar la puerta.

—¡Ah — rugió Kelvin—, me has traicionado!

¡Has ido a avisar a Bretón, para que me detuviesen!

—Traidora!

—¡No es verdad, Kelvin, yo nada sabía, te lo juro!...

—¡Bien, Kelvin, bien! — dijo el bolsista—. La policía es la que debe tomar ahora cartas en el asunto.

Y fué a telefonear.

—¡No lo haga! — suplicó Josefina.

—¡Por favor!... — suplicó Kelvin, horrorizado.

Una sonrisa de alegría se dibujó en los labios del bolsista.

—¡Bien! — dijo, conciliador y con una sonrisa que ocultaba perversas intenciones —. Quizá la señorita Poe y yo podamos ayudarlo. Necesito hablar a solas con ella...

Y agregó, contemplándola con ojos devoradores: —...En mi casa.

Y, sin darle tiempo a que se repusiera de la sorpresa, Bretón abandonó la estancia.

—Oh, no, no iría!... Ella no sacrificaría su honor por ningún interés, ni ajeno ni propio...

Pero Kelvin, miedoso, acobardado, le dijo:

—¡Josefina, él es nuestra última esperanza! ¡El tiene dinero, influencia!

Pero... tú adivinas lo que él querrá pedirme? — preguntó ella estremeciéndose.

Loco de terror, sin otra consideración que su libertad, Kelvin contestó:

—¡Todo lo he sacrificado por ti! ¡Ahora es el caso de que me ayudes... sea como sea!...

—Está bien — dijo ella —. ¡Pagaré lo que hiciste por mí!...

Y marchó lentamente, llevando la muerte en el alma, diciéndose que era indigna la conducta de Kelvin, pero dispuesta a darle la libertad, ya que se había sacrificado por ella...

En el corredor encontró a Ketty que venía a visitarla para calmar sus nervios.

—Voy a ver al señor Bretón — le dijo Josefina.

—Pero ¿a qué vas, hija mía?

—Nada... no me preguntes... he de pagar una deuda...

Y la dejó, mientras Ketty quedaba angustiada.

Mientras tanto Luis, enterado de que habían asesi-

nado al empresario y que Josefina había tenido que ir a la delegación de policía a declarar, se dirigió también a la pensión con el ánimo de encontrar a la joven y protegerla si era necesario.

Por boca de Ketty se enteró de que Josefina había ido a suplicar a casa de Bretón y, sospechando algo terrible, corrió con aquél la al domicilio del bolsista.

Poco antes, Josefina había llegado a la casa y Bretón le decía con la sonrisa mañarda del hombre que se considera inferior:

—Si usted lo quiere, emplearé mi dinero y mi influencia en defender a Kelvin. Usted tiene la palabra...

—¡Oh, señor Bretón, sea usted bueno conmigo!...

El bolsista intentó besarla y ella se apartó sintiendo repugnancia por aquel hombre que quería hacer pagar caro su silencio...

Luis y Ketty habían llegado a casa del bolsista... Aguardaron en la antecámara y Bretón salió a recibirlas —¿Dónde está Josefina? — preguntó Ketty.

Bretón contestó, simulando no reconocer a la joven:

—¿Quién es usted? ¿Por qué lo pregunta?

—No se haga el bobo — respondió ella, furiosa —, no soy una muchacha a quien se olvida tan fácilmente...

—Necesitamos ver a Josefina... ella no está aquí por su voluntad — dijo Luis, con ánimo de pegar a Bretón.

—¡No amenace! Si la señorita Poe quiere verle a usted, ella misma vendrá aquí.

En aquel instante, apareció Josefina con una sonrisa alegre, de despreocupación.

—Bueno, ¿qué queréis? — dijo, con cinismo aterrorizador...

Pero al contemplar a Luis, que la miraba impresionado, sintió un desfallecimiento.

—¡Tú no puedes permanecer aquí, ven con nosotros! — le dijo Luis.

—¿Queréis dejar a una muchacha que haga lo que le parezca? — contestó Josefina. Yo me quedo esta noche con Bretón.

—¡Josefina, abre los ojos! — dijo Ketty. — ¡Este hombre, Bretón, es un hipócrita!

—¡Señorita! — protestó el bolsista.

—Yo creo lo contrario, que es muy bueno...

Bretón era realmente un hipócrita. A fin de tener bien cogida a Josefina y poder manejárla a su antojo, había telefoneado antes a la policía para que procedieran a la detención de Kelvin.

Así, preso este hombre, Josefina se vería alejada de él; y Bretón, con la promesa de trabajar por su libertad, la haría suya enteramente.

Luis miraba con rabia al bolsista y se acusaba de haber tenido abandonada a Josefina. ¿Por qué la dejó que frequentase aquella sociedad en vez de tenerla junto a él y declararle su amor?

—Ketty, no me queda otro camino que escoger para salvar a Kelvin — murmuró Josefina al oído de su amiga.

Llamaron al teléfono. Bretón corrió al aparato. ¿Le comunicarían que estaba ya preso Kelvin?

Pero la noticia que le dieron le dejó anonadado, desconsolado.

La policía se había dirigido a casa de Josefina para detener a Kelvin, entrando en el cuarto de ella. Pero el bailarín, antes que caer en manos de la justicia, pensando en el horror de los presidios, se había tirado por la ventana, muriendo destrozado.

Volvió Bretón con lentitud junto a sus amigos para comunicar la sensacional noticia.

—¡Kelvin se ha matado! — exclamó.

Josefina dió un grito de horror y cayó al suelo desvanecida.

Luis acudió a sostenerla, mientras Ketty la miraba emocionada.

Vió el bolsista deshechos sus planes maquiavélicos. La muerte de Kelvin le impediría dar cima a su



—Josefina no ha hecho nada censurable.

proyecto de seducción... Todo era inútil. Aquella bella mujer se le escaparía de sus manos.

Y, arrepentido, no queriendo que la mancha de la duda flotase nunca sobre Josefina, confesó espontáneamente:

—Señores, quiero confesarles la verdad. Josefina no ha hecho nada censurable, y contra lo que pueda parecer, ella es mejor que nosotros.

8, 19-2-6/8

32

—No me importa lo que haya hecho — contestó Luis —, yo la amo.

Y levantó en hombros a la bella Josefina para llevárla lejos de allí, de aquel hombre...

Ketty le siguió, lanzando una mirada de desprecio al bolsista derrotado.

\*\*

Pasó el tiempo. Josefina olvidó la pesadilla de sus días de Nueva York, para volver a su casa de Virginia y sin pensar más en ser bailarina.

Casó con Luis Rozo que, renegando de toda su existencia pecaminosa, en lo sucesivo vivió entregado al amor de su Josefina y a las tareas campesinas...

No volverían a la ciudad. De sus días en la urbe sólo quedaba el recuerdo y las canciones que él seguía cantando sin que ahora las protestase Josefina.

*Me robaste el corazón...  
y fuiste mi perdición...*

Hasta su canto le parecía a Josefina más afinado.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La magnífica novela

**¿Deben las bailarinas casarse?**

por Billie Dove y Lewis Stone

PRODUCCIÓN FIRST NATIONAL

